

## *Consideraciones sobre el suicidio en literatura*

*Moisés Aracena*

Dentro de los actos que los hombres cometen en contra de la naturaleza, quizás sea éste el más contrario a ella. Para que una decisión tan drástica se lleve a cabo, deben confluír para su realización una serie de sentimientos que logren traspasar la valla que interpone el instinto de conservación.

Voltaire, en su obra el DICCIONARIO FILOSÓFICO, le dedica un capítulo a tan trágico acto (p. 532). Plantea que existen dos factores por los cuales los hombres no se suicidan, estos son: la esperanza y el temor a la muerte. Cuando se pierde la esperanza y el temor a la vida supera el temor a la muerte —como acontece en muchos depresivos—, nada detendría al hombre para realizar su autoeliminación.

Sin embargo, el análisis de Voltaire se hace insuficiente, porque trata de jerarquizar un acto del todo absurdo y que, por lo mismo, deben confluír en él una serie de otros sentimientos para que éste pueda concretarse. Algunos de estos otros elementos están bellamente descritos por García Lorca en un poema intitulado SUICIDIO. Estos mismos sentimientos los hemos encontrado en la proyección psicológica de pacientes con severa depresión en el TEST DE APERCEPCIÓN TEMÁTICA de H. Murray. Debemos aclarar que no existe una relación unívoca o no se ha logrado establecer un vínculo entre estos sentimientos y concretamente el suicidio. Por razones más que obvias, siempre que se han encontrado estos hallazgos, se han tomado las medidas psiquiátricas para evitar que éste se produzca.

Pese a carecer de la experiencia empírica, no ha dejado de llamarnos la atención la confluencia de sentimientos paralelos a los descritos en la obra de García Lorca y los hallazgos en el test psicológico.

Tomaremos algunos conceptos de la poesía:

“El jovencito se olvidaba  
eran las diez de la mañana”.

.....

“Por el balcón se veía una torre.  
 El se sintió balcón y torre”.  
 “Vio, sin duda, cómo le miraba  
 el reloj detenido en su caja...” (p. 334).

Por lo pronto veamos la primera estrofa, “El jovencito se olvidaba...”, señalando aquí la incapacidad de concentrarse del depresivo. Para no olvidar es preciso aprender. Y a ello le antecede la capacidad de poder concentrarse; capacidad que todos sabemos carece el depresivo endógeno.

Pero topamos a continuación con la siguiente estrofa, “él se sintió balcón y torre”. Pareciera esta expresión un tanto caprichosa: ¿Cómo puede persona alguna sentirse o dejar de sentir lo que es? Sin embargo, esto es una realidad: el depresivo agudo deja de sentirse persona para pasar a ser objeto. Frente al TEST DE APERCEPCIÓN TEMÁTICA (TAT), al preguntársele a los pacientes por el héroe de la historia, si éste se siente persona u objeto, inevitablemente en los cuadros depresivos profundos responden que “se sienten objetos”.

A continuación nos ilustra la poesía con la estrofa, “vio sin duda, cómo le miraba el reloj detenido en su caja...”. Alude aquí García Lorca a la percepción del tiempo por parte del suicida. El tiempo psíquico difiere cualitativamente y cuantitativamente del tiempo cronométrico. El tiempo psíquico se experimenta como algo personal, con un ritmo interior que puede o no tener semejanzas con el tiempo cronométrico, pero también espasmódico, según el humor y las circunstancias. Su valor no tiene comparación, un segundo de tiempo cronométrico puede equivaler a años de tiempo psíquico. En estricto rigor, el tiempo psíquico tiene su propia dimensión. Para el suicida existe lo que podríamos denominar un tiempo detenido o infinitamente largo. Es decir, el tiempo no transcurre. El presente se hace vigente. El desplazamiento horizontal del tiempo se pierde, como también ese presente momentáneo, cálido y vital, que transcurre para permitir la vigencia del pasado. Sus deseos —de existir— ya no tienen proyección; por lo tanto, se carece de proyecto para el futuro. Esta situación vital es la que simboliza García Lorca con “el reloj detenido en su caja”. La muerte acaece ya en el suicida. En realidad, está fuera del tiempo, ha llegado el suicida a su límite vital.

Existe, sin embargo, una etiología del suicidio, que quizás sea la que secretamente promueve a muchos de estos actos; nos referimos al suicidio por penas de amor y, específicamente, a la pérdida de un objeto de afecto. No se sabe que nadie se haya suicidado —por el contrario— por obtener o retener lo amado. Es su pérdida la que causa un divorcio con los deseos de vivir.

¿Qué vivencias se van produciendo para que ellas desemboquen en un acto tan aparentemente irracional? Este fenómeno trataremos de

analizarlo a través de las expresiones de Dido, personaje a quien Virgilio le dedica un pasaje bastante extenso de LA ENEIDA, llevando su desarrollo paso a paso, con la clarividencia con que guía toda su producción literaria.

Para que el suicidio de Dido se lleve a cabo deben previamente establecerse algunos estados de ánimo, sentimientos y vivencias, sobre los cuales es posible —consecuencialmente— que este hecho ocurra.

Comienza el reclamo de Dido, estableciendo su compromiso con Eneas. Compromiso que lleva a una serie de sacrificios personales. El que ama está dispuesto a enfrentar los rigores y las coacciones que puedan provenir del medio, sean éstas costumbres o actitudes. Así, Dido le da a conocer a Eneas, como manifestaciones inequívocas de su amor y sacrificio, su total entrega, la pérdida de su pudor, como de los sentimientos de estimación y de los padecimientos que su actitud le han acarreado del medio.

“... por nuestra unión, por las primicias  
de nuestro himeneo, si te he proporcionado  
algún favor, si tuviste alguna dulzura mía...”  
“... por causa tuya me han odiado las gentes  
de Libia, los tiranos númeridas...”  
“... por ti mismo perdí el pudor, esa gloria  
que me bastaba para encumbrarme hasta las  
estrellas...” (p. 86).

Pero, así también, el que ama no deja de esperar que el otro —el amado— retribuya parte del sacrificio que significa querer. No deja de traslucirse una exigencia de trueque. Tanto te he dado, a lo menos, tanto debes darme. Casi palpamos aquí la exigencia hecha ética.

¿Acaso esta exigencia crea un contrasentido? Nos parece defintivamente que no. Sólo la virtud puede dar sin esperar nada a cambio. El amor manifestado a través del hombre demanda no sólo su satisfacción, sino que, también, su retribución.

Esta demanda de retribución se hace patente en las quejas que emite la nodriza que ha criado a Orestes cuando cree conocer de la muerte de éste. Muerte que en la realidad no es tal y que se anuncia sólo como medida de protección. Esquilo, por boca de la nodriza dice: “... que de recién nacido le tomé de los brazos de su madre y le crié; aquel cuyos lloros haciéndome levantar de noche y andar paseándole sin cesar de un lado a otro... tantas incomodidades y fatigas; todo padecer en vano y sin frutos” (p. 288).

Además, la retribución, no sólo involucra el decir que se ama, sino la concreción del acto de amor. Si la manifestación del afecto queda en el plano del mero decir, entonces se plastifica y queda a medio camino,

como un afecto inexistente. Es por ello que para Dido no basta la disculpa de Eneas cuando éste exclama: “Yo, oh, reina jamás negaré los muchos beneficios que me has dispensado...” (p. 82) o para Werther no es suficiente el consolarse sabiendo que posee el amor de Carlota cuando dice “ella es mía... sí, Carlota, mía eres siempre... ¿Y qué sirve que Alberto sea tu consorte?” (p. 178). Vano es este intento de consolarse. Carlota le pertenece a otro y no puede concretarse su amor. Por lo tanto, queda como embrión de posibilidad, no de realidad.

Para el suicida, la prolongación de la existencia sólo le acarrea situaciones enojosas, dificultades y penas, sean éstas corporales o afectivas. La vida queda carenciada de estimulaciones positivas. La conexión existencia-placer se rompe y todo queda al capricho de lo negativo. Es por ello que Dido exclama: “Qué me detiene... (qué conseguiré prolongando mi vida). ¿Acaso que mi hermano Pígalión destruya mis murallas o que el gétulo Yarbás me lleve cautiva?” (p. 86).

Sin embargo, en esta pena de amor existe un escape. Escape que permite que se calme el sentimiento, y que se acepte el sufrimiento que el infortunio de lo no correspondido acarrea. Es por ello que Dido exclama “. . . le pido un poco de tiempo, sin valor alguno, una tregua y un poco de tiempo para mi locura, mientras que mi suerte me enseñe a soportar el dolor, luego de haberme vencido...” (p. 89).

Si este escape es negado, acontece lo que Camus califica como el ser que queda “minado”. Queda en condiciones de pensar lúcidamente frente a la existencia de una evasión. A veces, lo que provoca la crisis puede no tener tanta vigencia, como lo es en esta solicitud de prórroga.

Este estímulo —la negativa, en el caso de Dido— desencadena todos los rencores y todas las aflicciones que hasta ese instante se han mantenido en suspenso. Cuando en un matrimonio uno de ellos quiere romper la relación, habitualmente se les solicita que se den un tiempo, para que esto permita al otro —al abandonado— ir aceptando paulatinamente su pérdida.

Quien ya “minado” en su ser por la inevitable pérdida del amor, siente que el medio ya no escucha sus súplicas y sus necesidades. Las circunstancias se le presentan sordas e impávidas ante su sufrimiento. Virgilio simboliza estas circunstancias a través de Eneas, describiéndolas así, “. . . los destinos se oponen y un Dios cierra sus oídos a la piedad” (p. 89).

Las necesidades de afecto y estimación ya no son gratificadas; a ello se suma que se empieza a temer el propio destino.

Dido al respecto es descrita así, “. . . aterrada por sus hados invoca la muerte...” (p. 89).

Pero, aún más, comienzan a precipitarse las emociones y el futuro suicida ya no encuentra calma, ni consuelo en los Dioses, y todo con-

fluye para afirmar su deseo de muerte. Todo comienza a verse negro y trágico. El medio pierde su luminosidad y los matices que proporcionan agrado. Al respecto así ve Dido el mundo, "...ve que el agua sagrada se vuelve negra y que el vino derramado se vuelve sangre siniestra" (p. 89).

Las fantasías también pierden su lozanía y versatilidad, está sólo abocada a un contenido. Se constriñe sólo a la figura del amado y su pérdida. Esto también involucra a sus sueños, en ellos se reitera el rechazo del ser amado. "...En sus sueños, el furibundo Eneas en persona la rechaza en su desesperación y se ve que siempre es abandonada..." (p. 89). Así, el suicida solo y abandonado comienza a tejer el inicio de su trama final. Pero aún existe un recurso, el del pensamiento mágico. Fracasado este vano y último intento, nada le hace escapar de su delirio. Del delirio del abandono. Es en este instante que comienza a aflorar la ira. De un modo u otro, aparece ahora la agresión hacia el ser amado que abandona.

Dido lo maldice y le canta una plegaria de negros presagios, "...que se vea obligado a mendigar socorros y tenga que ver los indignos funerales de los suyos; que, después de haberse sujetado a las humillantes condiciones de una paz vergonzosa, no pueda gozar de su reino y de su anhelada luz, sino que perezca antes de tiempo y su cuerpo quede insepulto..., etc." (p. 93). Por su parte, Werther lo esconde bajo el manto de lo aparentemente sublimado cuando, en la misiva que le deja a Carlota, le dice "...el día de nochebuena tendrás este papelillo en la mano; temblarás y lo bañarás con tus lágrimas preciosas..." (p. 155). Más hipócrita Werther, más auténtico Dido, pero los dos igualmente agresivos.

Es así como para el suicida todos estos sentimientos negativos se superponen, llegando a constituir un mundo caótico, sin sentido y sin acción positiva posible. El suicida pierde las alternativas de conducta. No sabe a ciencia cierta qué hacer con su vida y así, vencido por el padecimiento, se decide por la muerte. De ahí en adelante actúa con una frialdad que contrasta con el caos interno.

Se añora una paz interna o mejor el caos demanda tranquilidad y sosiego. Así, Dido exclama, "...recibid mi alma y libradme de mis sufrimientos..." (p. 94); a su vez Werther clama, "...Paz, paz, te lo suplico" (p. 186).

El suicida se ve enfrentado a eliminar la emoción del amor, pero descubre que este sentimiento no tiene temporalidad. Literalmente, no puede con él y ni siquiera se alcanza a plantear un dilema, entre eliminar el sentimiento o el cuerpo; siente que lo primero no se extinguirá, es demasiado poderoso y frente a este poder sólo cabe la aniquilación corporal.

El último acto se acomete sin vacilaciones. Es preciso encontrar la paz y el sosiego. Arremete entonces hacia lo más débil del eslabón, el cuerpo. No se da margen ni siquiera a la rebelión de la naturaleza. Esta parece acallarse frente a lo inequívoco de la situación, no puede luchar contra el sentimiento.

#### ABSTRACT

Psychologist Moisés Aracena discusses ideas on suicide out of such eminent authors as Virgil, Goethe and Camus, extracting from their works a variety of observations which permit him to formulate his considerations on the etiology of this act, as well as on the projections suicide throws on the quotidian social life.

#### BIBLIOGRAFÍA

- CAMUS, Albert, *El Mito de Sísifo. El hombre rebelde*. Ed. Losada, Buenos Aires, 1967.
- ESQUILO Y SÓFOCLES, *Obras Completas, Las Coéforas*. Ateneo, Buenos Aires, 1966.
- GARCÍA LORCA, Federico, *Obras Completas*. Aguilar, 4ª ed., Madrid, 1960.
- GOETHE, J. W., *Werther*. Ed. Nascimento, Santiago, Chile, 1975.
- VIRGILIO, Publio, *La Eneida*. Sopena S.A., Provenza, 95, Barcelona, 1978.
- VOLTAIRE, *Obras Selectas, Diccionario Filosófico, Novelas, Cartas Filosóficas*. Ateneo, Buenos Aires, 1965.